

RECIBIDO EL 4 DE ENERO DE 2022 - ACEPTADO EL 5 DE MARZO DE 2022

LA CUESTIÓN DE LA CREDIBILIDAD

THE QUESTION OF CREDIBILITY

Pedro Ortega Ruiz¹

Ripal- Universidad de Murcia

“El sujeto es para el otro, su ser desaparece para el otro, su ser muere en significación” (E. Levinas).

RESUMEN

El autor describe someramente el contexto social en el que se inscribe la acción educativa en la sociedad actual, marcado por la indiferencia y la frialdad social, el individualismo, la deserción de las jóvenes generaciones de las instituciones públicas, la pérdida de influencia de la familia y la escuela en la socialización y educación de los adolescentes y jóvenes. Reivindica la necesidad del testimonio del educador como única estrategia que haga creíble su palabra. La experiencia ética se convierte en la forma privilegiada de ser testigo de lo que se dice o propone. Aboga por una antropología que

convierta al otro en el referente de la conducta ética, alejándose de este modo de la filosofía idealista que contempla al ser humano desgajado de la experiencia. Su propuesta educativa se enmarca en la pedagogía de la alteridad como paradigma del discurso pedagógico y de la praxis educativa.

DESCRIPTORES:

Educación, ética, antropología, credibilidad, testimonio, experiencia

ABSTRACT

The author briefly describes the social context in which educational action is inscribed in today's society, marked by indifference and social coldness, individualism, the desertion of young generations from public institutions, the loss of influence of the family and the school in the socialization and education of

¹ Miembro del Comité de calidad de REDIPE. Artífice del paradigma del discurso pedagógico y de la praxis educativa Pedagogía de la alteridad. Pedro Ortega portega@um.es

Catedrático jubilado de Teoría de la Educación en la Universidad de Murcia, director de la Red Internacional de Pedagogía de la Alteridad (RIPAL, REDIPE). Jubilado Universidad de Murcia. <https://scholar.google.com/citations?user=1&oi=scholar>
<https://orcid.org/0000-0002-3882-0544>

adolescents and young people. It vindicates the need for the educator's testimony as the only strategy that makes his or her word credible. Ethical experience becomes the privileged form of witnessing what is said or proposed. He advocates an anthropology that turns the other into the referent of ethical conduct, thus distancing himself from the idealistic philosophy that views the human being as detached from experience. His educational proposal is framed in the pedagogy of otherness as a paradigm of pedagogical discourse and educational praxis.

KEYWORDS.

Education, ethics, anthropology, credibility, testimony, experience

1. NUESTRO CONTEXTO

Abordar "la cuestión de la credibilidad" en la sociedad actual puede resultar incómodo. La crítica a las instituciones públicas, llamadas a "ordenar" la convivencia ciudadana, es generalizada: la corrupción y la violencia, la frialdad y la indiferencia forman parte del escenario social. Los sociólogos destacan la *aceleración* de la vida y la *sacralización* del progreso entre las características que mejor definen a la sociedad actual en el mundo desarrollado (Rosa, 2019). Lipovetsky (2000, 42) subraya el acentuado individualismo que atomiza la vida y dificulta la convivencia en la sociedad: "El proceso de deserción no es en modo alguno el resultado de un déficit cualquiera o de una carencia de sentido. Efecto imputable al proceso de personalización, el deambular apático debe achacarse a la *atomización* programada que rige el funcionamiento de nuestras sociedades... En un sistema organizado según un principio de aislamiento "suave" los ideales y valores públicos solo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés". Z. Bauman anuncia el fin del individuo para diluirse en la colectividad. "En este momento

salimos de la época de los "grupos de referencia" preasignados para desplazarnos hacia una era de "comparación universal" en la que el destino de la construcción individual está endémica e irremediablemente indefinido, no dado de ante mano, y tiende a pasar por numerosos y profundos cambios antes de alcanzar su único final verdadero: el final de la vida del individuo" (Bauman, 2004, 13). También A. Touraine (2017) describe el proceso de desintegración social que caracteriza a nuestras sociedades y la alergia de los individuos para integrarse en ellas.

En este contexto, la tarea de educar se hace muy difícil porque toda propuesta educativa inevitablemente es dependiente de las estructuras socioeconómicas de la sociedad en la que está inserta. Por ello "una pedagogía que no reflexione autocríticamente sobre el lugar y la función de la educación en la reproducción de dichas estructuras; que no perciba cómo la organización social genera y mantiene la heteronomía, también a través de las instituciones educativas llamadas a combatirla, no hará sino contribuir a la perpetuación de la barbarie" (Zamora, 2009, pp. 21-22). Así las cosas, ofrecer a las jóvenes generaciones modelos éticos de comportamiento resulta muy difícil porque el contexto social va en dirección opuesta, y la crítica a este modelo social es aún muy débil para constituirse en alternativa. Ello nos puede llevar a considerar la cuestión de la credibilidad como un "brindis al sol" cuando el viento sopla en dirección contraria. No esperamos, por tanto, poder vivir en una sociedad que, en su conjunto, haga suyos los lazos de solidaridad y fraternidad, que humanicen las relaciones entre nosotros. Una "Arcadia feliz" no está a nuestro alcance. En este mundo lo humano y lo inhumano se entremezclan; siempre hay conductas inhumanas y sufrimiento, y por tanto, siempre habrá ética y educación. Los humanos siempre estamos en deuda con el otro, y nunca podremos hablar de vivir con la conciencia tranquila, porque "...en la relación ética con el

otro no puede haber tranquilidad de conciencia ante el temor de no haber sido lo suficientemente responsable con él. Lo contrario, supondría poner límites a la significación ética del otro. Y el otro, en la significación de su rostro, es inagotable, evoca lo Infinito” (Ortega y Romero, 2022, 241).

La credibilidad es, quizás, una de las quejas hacia las instituciones sociales que más se hacen sentir. La sociedad actual reclama coherencia entre lo que se dice y lo que se practica. Es decir, exige *credibilidad*. La aceleración del tiempo y la sucesión vertiginosa de los acontecimientos nos hacen perder la perspectiva del tiempo, y con ella el significado de aquellas experiencias éticas que nos aportan el sentido de la vida. Los valores aprendidos en nuestra adolescencia y juventud, las creencias en las que hemos vivido, con el paso del tiempo se pueden convertir en recuerdos de experiencias que solo añoramos, pero que ya no tienen influencia en nuestra conducta diaria. Nos hemos adaptado a los “nuevos tiempos”. Quedan de ellos solo huellas débiles de un modo de afrontar la vida, pero sin fuerza para hacerlos creíbles a los demás. Aunque los valores (creencias éticas) no caen en el olvido, sí pierden eficacia para moldear la vida cuando no encuentran en su entorno testimonios creíbles de los mismos. La rutina, la inercia, la atomización de los individuos... hacen que vivamos “de prestado”, sin un punto de anclaje que dé consistencia a nuestra vida.

La incoherencia entre lo que se predica y se practica es una de las características más señaladas en las instituciones de la sociedad actual, y ello explica en buena parte la desafección de las jóvenes generaciones hacia las instituciones. Afortunadamente, hay entre nosotros testigos de la credibilidad de aquello que predicamos: como los muchos voluntarios que se juegan la vida en los países sumidos en la guerra llevando el consuelo y salvando vidas, los que dedican muchas horas del día para

ayudar en los bancos de alimentos y en visitar a los que cada día ven el final de su vida en la soledad y el abandono, los voluntarios que ayudan y acogen a los huidos de la guerra, los sanitarios que renuncian a sus vacaciones para ir a ayudar a los pobres del África subsahariana, los voluntarios que dan consuelo a los encarcelados... Son muchos los que hoy ejercen de buenos samaritanos que no “miran para otro lado”, ni son indiferentes a lo que acontece a su alrededor. Para estos, no son solo las instituciones religiosas las únicas que están al lado de los pobres y marginados; también están los hombres y mujeres misericordiosos, los nuevos samaritanos, los que tienen “entrañas de misericordia”, sin pertenencia alguna a una institución religiosa, asumiendo como propias las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. También estos son constructores de un mundo más *humano*.

2. EL TESTIMONIO, EXPRESIÓN DE LA CREDIBILIDAD

Reconozco que es difícil hablar de ética y credibilidad en una sociedad anestesiada por la cultura del bienestar y el cortoplacismo; que es difícil hablar de fraternidad en una sociedad indiferente a tantos excluidos o marginados sin un horizonte de vida digna, que ha hecho de la frialdad social su hábitat natural (Adorno, 2002). La parábola del buen samaritano del texto evangélico de Mt, 25, 35-36 “porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme”, sigue siendo de gran actualidad y una exigencia ética para nuestra sociedad. Este texto constituye la expresión máxima de lo que es la ética y la credibilidad; representa el culmen de la ética, la lección magistral más elevada que nos dejó el maestro Jesús de Nazaret, reconocida por creyentes y no creyentes (Méllich, 2010). En esta valoración de la ética del texto del judío

Jesús de Nazaret coincido con otro filósofo judío, E. Levinas, cuando hace esta afirmación sorprendente: “Cuando hablo con un cristiano, cito siempre Mateo, 25; allí se presenta la relación con Dios como relación con otro hombre. No se trata de una metáfora: en el otro se da la presencia real de Dios. En mi relación con los demás escucho la Palabra de Dios. No es una metáfora, no es únicamente de extrema importancia, es literalmente verdadero. No digo que el otro sea Dios, sino que en su Rostro escucho la Palabra de Dios” (Levinas, 1993, 135).

Todos somos seres necesitados de compasión. Estructuralmente somos limitados, frágiles, vulnerables. Todos somos el hombre herido en el camino de la vida que demanda ayuda y cuidado. Todos somos aquel que nos urge y nos obliga a no pasar de largo, a no ser indiferentes frente a su sufrimiento, a actuar desde la solidaridad compasiva, incluso por encima de la ley o la norma. Si el buen samaritano hubiese obedecido a las normas o leyes de su comunidad debería haber pasado de largo, indiferente al hombre herido, como hicieron los sacerdotes y levitas judíos, cumpliendo con la moral de su religión. Pero puso por encima de las obligaciones de cumplir la ley la necesidad de ayudar al otro, su prójimo, la obligación de responder de la suerte del hombre herido, superior a cualquier ley o norma social, obedeciendo a la ética. En el evangelio de Lc. 10, 38 el doctor de la ley pregunta a Jesús: *¿Quién es mi prójimo?* Pero Jesús le invierte la pregunta: *¿de quién soy yo prójimo?* Para ser sujeto ético es indispensable responder desde la compasión al dolor y sufrimiento del otro. Lo relevante para Jesús no es definir quién es el ser humano, sino llevar al doctor de la ley a preguntarse por el otro, *¿de quién soy yo prójimo?*, es decir, la preocupación de Jesús es que el doctor de la ley descubra la *relación ética* que le vincula con el otro. “No es decisivo en el relato de Lucas el *deber* moral sino la *respuesta*

ética, porque los tres caminantes poseen moral, parten de un “espacio moral”, pero solo uno, el samaritano, da respuesta a la interpelación del otro”, escribe J. C. Mélich (2010, 230). El respeto a la norma o a la ley no implica su “sacralización”. No siempre debemos obedecer la norma porque en nombre de la “obediencia debida” se han cometido horrendos crímenes. La historia está llena de individuos “obedientes” que no dudaron en sacrificar vidas humanas en aras de la obediencia. Los regímenes totalitarios saben mucho de esta práctica perversa. La ética del buen samaritano nos libera del individualismo alienante y nos obliga a orientar nuestra vida *desde* el otro y *para* el otro. Es la única manera de vivir como *humanos*, reconociendo en la práctica los vínculos que nos unen con los otros. Dostoyevski sintetiza muy bien el espíritu de la ética del buen samaritano en su obra: *Los hermanos karamazov*: “Todos somos responsables de todo y de todos, y yo más que todos los demás”.

El ser humano no va solo por la vida. Junto a él hay otros muchos que hacen el camino de Jerusalén a Jericó, y muchos, como el buen samaritano, que no pertenecen a ninguna asociación, a ninguna religión, pero que tienen los ojos y los oídos abiertos para ver y sentir el dolor de los que encuentran a su alrededor. A veces solo nos fijamos en los héroes que, a diario, nos presentan los medios de comunicación y nos olvidamos de los otros “héroes” anónimos que hacen posible que este mundo sea un poco más humano, más decente. Su credibilidad y ejemplaridad nos ayuda a todos a hacer frente a una sociedad que ha hecho de la frialdad e indiferencia su modo de actuar, a pesar de las innumerables muestras de fraternidad y solidaridad que vemos a diario. Constituyen dos mundos distintos que discurren por caminos divergentes y se mueven por dinámicas opuestas: la frialdad e indiferencia y la solidaridad y la fraternidad. Lipovetsky, (2016) describe las características de la sociedad postmoderna: la provisionalidad, la liberación de

todas las ataduras, la indiferencia y frivolidad, el acentuado individualismo, el aumento de la distancia económica entre ricos y pobres... Todo ello provoca una situación de angustia que se traduce en frustración y, en algunas ocasiones, en suicidio. La responsabilidad, la honestidad, el acogimiento y la misericordia se encuentran recluidas en la privacidad de cada individuo (Duch, 2015). Y no es el aislamiento, el enclaustramiento en nuestro Yo absolutizado, promovido por la filosofía idealista cartesiana, el que “explica” lo que somos por naturaleza. “La humanidad no es un conjunto de individuos aislados, autosuficientes e independientes entre sí, sino seres estructuralmente relacionados e interdependientes, cuya existencia como humanos está vinculada a la relación ineludible con el otro” (Ortega y Romero, 2022, 238).

La credibilidad es hoy una exigencia inaplazable en las instituciones. La deserción de las jóvenes generaciones de todo lo que signifique pertenencia a una institución es un fenómeno de nuestro tiempo. Es una manifestación del individualismo en el que discurre la vida atomizada en la sociedad actual. Alain Touraine (2017) ya lo puso de manifiesto al hablar de la “desinstitucionalización” y la pérdida de influencia de la familia y las instituciones. Los grupos, la “tribu” han pasado a ocupar su lugar e influencia. Y esto tiene sus consecuencias para las jóvenes generaciones que requieren modelos estables, duraderos y coherentes para la apropiación de valores éticos y no estar expuestos al albur de los grupos conformados según las reglas del poder. Pero a pesar de sus deficiencias y contradicciones, la familia sigue siendo, todavía, la estructura principal y última de acogida para las nuevas generaciones, sostiene el añorado profesor Ll. Duch (1997). No es que sea una institución perfecta, pero es la única en la que el joven y el adolescente puede encontrar cobijo y seguridad, comprensión y amor.

La filosofía idealista ha hecho del discurso sobre la idea del ser humano, desgajado de la experiencia, la piedra angular sobre la que descansa la praxis educativa. Y no hay educación sin experiencia como contenido educativo (Ortega y Romero, 2021). Es la experiencia el punto de anclaje de la acción educativa, su contenido ineludible. Y es la experiencia del alumno, pero también del profesor o maestro. La experiencia forma un tejido de relaciones entre alumno y maestro que da lugar a un nuevo lenguaje, a un “nuevo nacimiento”, a un encuentro en el que todo está por explorar, a un largo viaje de ambos (alumno y maestro) que nadie es capaz de vislumbrar su final. Y es también, la única manera que tiene de hacerse presente, de manifestarse el testimonio. Testimoniamos con las obras, con la experiencia, no solo con el discurso. El testimonio se presta desde la gratuidad, sin esperar nada a cambio. Exige en todo caso credibilidad, coherencia entre la palabra y la vida. Hay dos funciones en las que la credibilidad es condición indispensable para su ejercicio responsable, ético: la función de padre y madre, de maestro o maestra. “Entre estas instituciones hay dos, familia y escuela, que son indispensables e insustituibles en la socialización y educación de las nuevas generaciones. Ambas son la puerta de acceso a la vida social, y ambas marcan el comienzo de la vida mortal de los individuos” (Ortega y Gárate, 2017, 123). En ambas instituciones no basta el conocimiento o competencia técnica para su buen ejercicio, se hace indispensable el “saber hacer”, acompañar la palabra oportuna con el magisterio del *testimonio*.

Los valores éticos se aprenden por imitación. Por ello, cuando la acción del profesor se reduce a la enseñanza, desprovista de la experiencia del testimonio, la enseñanza deviene en solo discurso, pero no en educación. Al igual que en la familia, si no hay coherencia (testimonio) de los padres en aquello que enseñan o proponen a sus hijos, éstos no tendrán a su alcance

modelos a imitar y se refugiarán en los grupos o tribu para ser acogidos, reconocidos y no pocas veces instrumentalizados. Con ello se ponen en riesgo las bases o los cimientos mismos de una sociedad sana que se construye sobre la experiencia de vida, por la apropiación de los valores éticos que vertebran una sociedad construida sobre una roca sólida. Maestro o maestra no dejan de ser una simple caricatura de un servicio necesario a la construcción social cuando olvidan su papel esencial: ser testigos (testimonio) de aquello que predicán, unir a la palabra la ejemplaridad de la vida. Podemos aceptar que un médico, ingeniero o arquitecto no sea un modelo ético en su conducta personal y privada, “pero no de un profesor-maestro que, además de enseñar, también debe educar. Y en este ejercicio de enseñar el componente ético es esencial. No puede quitarse de encima esta responsabilidad: educar le acompaña siempre, porque siempre está “expuesto” ante sus alumnos. Sus silencios, valoraciones, conductas, ejercen una influencia inevitable en aquellos, para bien o para mal” (Ortega y Gárate, 2017, 140). Ser testigo de lo que se enseña o propone; traducir en la enseñanza un estilo ético de vida es hacer *creíble* la tarea de educar.

Pero el testimonio se ofrece como un don desde la humildad de alguien que no oculta sus dudas, ni la opacidad que envuelve la vida del ser humano. El testimonio se da siempre en la fragilidad de alguien que hace de la incertidumbre su caminar por la vida. Es el testimonio de alguien que se acerca a los demás desde el reconocimiento de su propia fragilidad, del riesgo de la incertidumbre y del sinsentido. “Existir en la infinita transformación es vivir en riesgo, un riesgo que no podrá ser superado, el riesgo del sinsentido, y también el riesgo de la crueldad, de la violencia y de la muerte” (Mélích, 2019, 56). Ayudamos al otro cuando no escondemos la verdad de lo que somos; cuando hacemos al otro partícipe de “nuestra” verdad, de la experiencia de nuestra vida, hecha

fragilidad e incertidumbre, de lo que hemos sido y vivido para llegar hasta aquí.

En el maestro-educador el otro es el referente a quien servir y ayudar en su proyecto de vida. No son nuestras convicciones o creencias las que debemos “imponer”. Es al otro al que debemos ayudar en su camino, y ayudarlo para que siempre sea un caminar en la responsabilidad hacia los demás. La virtud más eminente se vuelve odiosa cuando no va acompañada de la humildad del corazón que se traduce en el respeto al otro y la huida de toda imposición. La humildad nos la enseñan los pobres, los descartados cuando nos acercamos a ellos y los acogemos sin condiciones; cuando nos despojamos de nuestra supuesta superioridad moral sobre ellos; cuando encubramos al otro y reconocemos su dignidad moral; cuando nos “abajamos” al otro, como el buen samaritano, y nos hacemos cargo de él. “El testimonio nos transmite una experiencia que no hemos vivido y que, como tal, no podrá volver a repetirse, pero es una experiencia que puede “dar a pensar”, que puede romper nuestros esquemas y nuestras expectativas. Una pedagogía del testimonio “da a pensar” (Mélích, 2010, 286).

Ser testigo de lo que enseñamos, o decimos ser, es una tarea que comienza cada vez que nos encontramos con *alguien* que deja de ser un objeto de conocimiento o un ser extraño o ajeno a mí para convertirse en mi prójimo (próximo) de quien tengo una responsabilidad ineludible. Ello nos obliga a estar en permanente vigilia porque el otro se nos presenta sin previo aviso. Ser testigo de lo que enseñamos es un estilo de vida en medio de la fragilidad que siempre nos acompaña. Enseñamos o educamos como vivimos. En el testigo no cabe la impostura. Es difícil soportar por mucho tiempo la esquizofrenia que representa tener un lenguaje y una conducta en las aulas y otro estilo de vida distinto, poco ético, fuera de ellas. “El testigo da testimonio de lo que se ha dicho de él. Pues él ha dicho:

“Heme aquí” delante del otro; y por el hecho de que, ante el otro, reconoce la responsabilidad que le incumbe, se encuentra con que ha manifestado lo que el rostro ha significado para él” (Levinas, 2015, 91). Sin credibilidad no hay significación ética del otro. Ética y credibilidad están inseparablemente unidas. Sobre ellas se fundamenta la acción educativa.

Una sociedad con rostro *humano* es una utopía, pero no podemos renunciar a ella si seguimos creyendo que otro mundo y otro modo de construirlo es posible. La credibilidad o coherencia entre nuestra palabra y nuestra vida es una utopía. Siempre habrá discordancia entre lo que pensamos y lo que hacemos. A pesar de ello, nunca podemos ni debemos apartar de nuestro objetivo dar más credibilidad a nuestra vida. No podemos esperar que la sociedad, en su conjunto, ofrezca el rostro *humano* que las jóvenes generaciones necesitan para asumir su responsabilidad en la construcción de un mundo más *humano*. Y en esta tarea urgente la escuela y la familia desempeñan un papel imprescindible. La tarea de todos es hoy ser testigos de lo que enseñamos y decimos. Y esto se traduce en *credibilidad*.

3. OTRA ANTROPOLOGÍA

“La cuestión epistemológica no es el reto más urgente que deben abordar los pedagogos; no es el control de los *inputs* que inciden en un proceso educativo, sino si estamos ayudando, desde la educación, a formar a un ser humano responsable del *otro* y del mundo” (Ortega y Romero, 2022, 235). La cuestión, nunca resuelta, es tener claro qué hombre y qué sociedad se quiere construir. Es, antes de nada, un problema antropológico. Sin clarificar el punto de partida cualquier propuesta educativa se torna arbitraria, se cae en la ocurrencia. Es necesario, por tanto, volver a las raíces de lo que es el ser humano, reconocernos en lo que somos: ser abierto al otro de quien dependemos

para existir como *humano*. Nadie es *humano* si no es por el otro que nos *humaniza* cuando respondemos de él. “En la medida en que nos hacemos cargo del sufrimiento del otro, superamos el *conatus esendi*, la querencia a una existencia que es supervivencia a cualquier precio, y accedemos a la existencia humana. El otro es el que nos saca del sopor o ensimismamiento natural o vegetal y nos lleva a una existencia consciente” (Mate, 2018, 145) y humana o *responsable*, diría Levinas. Es necesario hacer frente a la filosofía del “sálvese quien pueda” y fortalecer los lazos de fraternidad que nos vinculan a unos y a otros en un mismo destino. Es necesario dar a nuestras relaciones sociales señales de *credibilidad* que cambien el rostro de una sociedad anestesiada que solo responde cuando los medios de comunicación nos ofrecen imágenes del horror de una guerra o de un desastre natural. “Nos hemos quedado con el Levinas filósofo... pero se ha relegado a un segundo plano al Levinas maestro de vida. Leer sus escritos “menores”, menos conocidos, nos descubre la altura humana de un gran pensador que unió su discurso con su vida. Levinas no pretende cambiar el mundo, pero sí transformar radicalmente nuestras relaciones con los demás” (Ortega y Romero, 2019, 90). Derrida (1998) nos describe a Levinas, hombre de su tiempo, al filósofo preocupado por la suerte de los demás, en cualquier rincón del mundo.

Necesitamos huir de una imagen fantasmal del hombre. “Las filosofías metafísicas, en cualquiera de sus formas, han pensado la vida desde una razón descorporeizada, una razón sin relato y sin historia” (Mélích, 2021, 15). El ser humano no es el que nos presenta la filosofía idealista, arrancado del tiempo y del espacio. Por el contrario, tiene rostro, biografía, no se diluye en un mundo ideal, alejado de los avatares de la vida, de la historia real de cada individuo. Es siempre el rostro de “alguien” que demanda de mí una respuesta responsable, es decir, *ética*, aquí y ahora. Es el ser humano que

conocemos por la experiencia: vulnerable, frágil, necesitado, que para seguir existiendo como *humano* necesita de alguien que le llame por su nombre, que le tienda la mano y lo acoja y se haga cargo de él; un buen samaritano que se despoje de su “dignidad” o superioridad moral, se manche las manos y se abaje a la realidad que atrapa la vida del otro. Solo es necesario tener entrañas compasivas, la única manera de ser creíbles. El cargar sobre nuestras espaldas la suerte del otro Levinas (2015, 85) lo expresa en esta contundente frase: “La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe y que, *humanamente*, no puedo rechazar”. Y hacer esto pasa por tomarse en serio el ejercicio de una ética que no se queda en la sola reflexión sobre el “mal etéreo” en la que solo existen *víctimas invisibles*, sino sobre las condiciones reales de vida que afectan a tantos hombres y mujeres de hoy. La relación ética nos vincula con seres reales, históricos, no con fantasmas del presente; y de estos hombres y mujeres reales debemos responder. No nos es permitido, frente a los graves problemas que a todos nos afectan, pasar de largo como si no tuviéramos ninguna responsabilidad sobre ellos. Son “nuestros” problemas y la respuesta a ellos nos concierne a todos. Nada que afecte al ser humano nos puede ser extraño. En ello se juega la suerte del otro, y también la nuestra. Junto a cada uno de nosotros hay siempre un “tercero” que nos interpela. Levinas (2014, 83) lo expresa con unas contundentes palabras: “La sociabilidad es esta alteridad del rostro del para-otro que me interpela, voz que se me impone antes de toda expresión verbal, en la mortalidad del Yo, desde el fondo de mi debilidad. Esta voz es una orden, tengo la orden de responder por la vida del otro hombre. No tengo el derecho de dejarlo solo en su suerte”.

La experiencia nos enseña que nadie se salva solo, encerrado en el santuario de su Yo; nos salvamos todos en comunión, abriéndonos al otro, nuestro prójimo. La frialdad e indiferencia

solo nos conducen al empobrecimiento colectivo, a una sociedad que se autodestruye cuando rompe los lazos que le unen a los demás. Solo se construye un mundo más humano cuando convertimos al otro en el referente ineludible de nuestra conducta; cuando somos “buenos samaritanos” aliviando el dolor y el sufrimiento del hombre herido en el camino de la vida. Una sociedad más humana no se construye solo con leyes justas, es indispensable establecer lazos de solidaridad y fraternidad entre todos que rompan la indiferencia y frialdad social que invaden a gran parte de nuestra sociedad; es indispensable dar credibilidad ética a nuestras instituciones y a nuestra vida personal. “Lo interhumano reside también en el recurso al auxilio de los unos a los otros, antes de que la brillante alteridad de los demás se banalice o minimice en un simple intercambio de buenos modales establecido como “comercio interpersonal” en el seno de las costumbres” (Levinas, 1993, 125). No defendemos una antropología “blanda” para una convivencia “educada” o de buenas formas. Se trata, más bien de que el *otro* sea quien rompa el eje en torno al cual gira nuestra vida: mi Yo. Es una antropología *radical* que moldea nuestra vida, y hace que siempre esté presente el otro como referente ineludible de nuestra conducta ética, es decir, responsable. Al otro no nos lo podemos quitar de encima, va con nosotros, dentro de nosotros como ser *humano*, es decir, responsable. La dimensión ética es constitutiva de lo que es el ser humano, de cómo se siente y vive, de cómo se relaciona con el mundo y con los demás. “La ética levinasiana es responsabilidad ante el *otro* que me es asignado y me obliga a ponerme en su lugar sin posibilidad de rechazar su demanda, a responder antes de poder decidir, antes de ejercer mi libertad” (Ortega y Romero, 2022, 239).

“No es lo categórico ni lo absoluto, lo claro y lo distinto, la coherencia y la fortaleza, lo que caracteriza fundamentalmente el modo de ser humano, sino lo circunstancial, lo relativo y lo

dativo, lo frágil y lo contradictorio” (Mélích, 2010, 15). Este es el ser humano que conocemos por la experiencia, sometido al dolor, al sufrimiento y a la muerte. La corporeidad y la circunstancia nos introducen en la historia. Es el único modo de existir que tiene el ser humano. Fuera del tiempo y del espacio el ser humano se diluye, desaparece. Levinas hace de la contingencia y la circunstancia el hábitat natural del ser humano. No es el ser trascendente de la antropología kantiana, sino el ser histórico, en el aquí y en el ahora, que por ser inmanente es capaz de trascender su existencia humana. La trascendencia no nos viene de “arriba”, en un salto al más allá; nos viene del otro cuando salimos del aislamiento de nuestro yo y nos abrimos y acogemos al otro, cuando nos hacemos cargo de él (Levinas, 2014). La trascendencia se manifiesta en Levinas en la “mala conciencia que me viene del rostro del otro que, en su mortalidad, me quiebra el suelo sólido en el que como simple individuo me posiciono y persevero ingenuamente, naturalmente, en mi posición. Mala conciencia que me pone en cuestión. Cuestión que no espera respuesta teórica a modo de informaciones. Cuestión que apela a la responsabilidad...” (Levinas, 2014, 38). La trascendencia en Levinas se llama responsabilidad hacia el otro que no espera reflexión sobre la dignidad de la persona, sino la respuesta incondicional ante el rostro herido del otro. Solo nos hacemos humanos cuando sentimos la mala conciencia ante el temor de no haber sido lo suficientemente responsables ante el otro. La filosofía idealista ha contribuido a construir una imagen desfigurada del ser humano, el ser etéreo que escapa a todo contexto. Y solo hay trascendencia si hay inmanencia. “El peligro de las éticas metafísicas” no radica en su creencia en la trascendencia, sino en su creencia en una trascendencia libre de inmanencia” (Mélích, 2010, 101). Solo el ser humano enraizado en su tiempo, en su circunstancia, es capaz de trascender el muro invisible que lo separa del otro y abrirse a él y

hacer suya su suerte. El retorno a lo *humano* no es un ejercicio de la razón, sino de la apertura responsable al otro, cualquier otro, en tanto que necesitado de compasión. Porque somos inmanentes, frágiles y necesitados, hay ética, hay compasión, hay trascendencia, es decir, responsabilidad. Solo en el mundo “perfecto” del más allá no hay compasión, ni ética, tampoco responsabilidad y trascendencia. Esta solo ocurre “acá abajo”, en los seres humanos corpóreos sujetos al dolor y al sufrimiento, capaces de asumir como propios el dolor y el sufrimiento del otro, como el buen samaritano.

Esta concepción del ser humano obliga a una forma distinta de abordar la acción educativa, pensarla más desde la “mala conciencia” del deber incumplido que desde la tranquilidad del cumplimiento de la ley o de la norma. La ética es una “herramienta” para sortear las condiciones imprevistas de nuestra existencia, no para vivir tranquilos. Nos pone en el camino para vivir responsablemente en la incertidumbre de si lo “habremos hecho bien”. Pero esta es la condición del hombre mientras viva “aquí abajo”: hacer de la incertidumbre y la aventura su forma de vivir.

4. ¿QUÉ HACER?

La credibilidad se da siempre en la debilidad, en la opacidad de la vida, en la contradicción entre lo que proponemos y aquello que hacemos. Nadie es puro y perfecto. Pero en la persona creíble es fácil descubrir en la trayectoria de su vida el perfil de *alguien* que ha intentado acercarse a los demás desde la responsabilidad, la ayuda y la compasión. Estas señales son luces que alumbran la oscuridad de nuestro mundo, lo hacen más *humano*. No es hora de buscar “nuevas” estrategias para afrontar el reto que nos presentan las nuevas generaciones: a la familia, a la escuela y al conjunto de las instituciones. No debemos caer en un didactismo paralizante que solo contribuirá

a enmascarar el problema con falsas soluciones. La respuesta al problema generacional se sitúa en la ética, en asumir nuestra responsabilidad con las nuevas generaciones. Los problemas no han surgido por casualidad, los hemos producido nosotros, son “nuestros” problemas. Nuestra respuesta de hoy no es necesariamente acertada o adecuada mañana. “En esto no tenemos la última palabra. Ésta pertenece a una concepción idealista del hombre, alejada de la cotidianidad y vulgaridad de la vida, allí donde se resuelve a diario la existencia de todo ser humano. Aceptar que vivimos en una *sociedad líquida*, como diría Bauman, es condición indispensable para tener los pies en la tierra y alejarnos de fantasías que solo generan frustración” (Ortega y Gárate, 2017, 144).

¿Pero de qué debemos dar testimonio? La respuesta genera no poca dificultad. Vivimos en una sociedad de muchas ideas y pocas creencias o valores éticos. Los valores éticos que, en otro tiempo, configuraron la vida de nuestros mayores han perdido gran parte de su influencia en las nuevas generaciones. En esta “circunstancia”, el testimonio de lo que somos y vivimos, de la verdad de nuestra vida, se convierte en la “estrategia” indispensable para transmitir a las nuevas generaciones el legado ético que hemos heredado de nuestros mayores. Son los mismos valores o creencias éticas, pero con distintas formas de manifestarse. No es posible dar recetas para dar testimonio de aquello que enseñamos o proponemos. La respuesta ética, por su propia naturaleza, se presenta de improviso. Solo se necesita asumir que el otro es también asunto mio, que forma parte de mí como pregunta y como respuesta. Es necesario estar siempre vigilante, con la lámpara encendida porque el otro viene sin previo aviso. Dar testimonio es una cuestión de escucha al otro, una actitud de salida de sí para encontrar al otro en su situación. Solo así damos testimonio, cuando como el buen samaritano nos abandonamos a nosotros para encontrar

al otro necesitado de ayuda y cuidado. Y para hacer esto no hay estrategias a seguir, pues ser testigo no se da de una vez para siempre, porque las circunstancias o contexto siempre son cambiantes, y el testimonio se adapta a esa circunstancia. Por ello nos vemos obligados a volver constantemente sobre nosotros para encontrar la respuesta ética más adecuada, aquí y ahora.

Para ser educador es imprescindible ser *testigo* de lo que se enseña o propone. La cuestión de la credibilidad es una cuestión de testimonio. Así de simple, y así de difícil o comprometido. Hay muchos enseñantes y pocos educadores o testigos de aquello que enseñan o proponen. El otro (educando) nunca es un pretexto para ejercer la función profesoral. Es, por el contrario, aquel a quien siempre debo tener en cuenta y quien justifica mi tarea educadora, si éste ocupa el centro mi acción educativa. Educar *desde* el otro y *para* el otro se convierte en una exigencia indispensable en una pedagogía del testimonio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Th. W. (2002) La educación después de Auschwitz, en: *Educación para la emancipación* (Madrid, Morata).
- Bauman, Z. (2004) *Modernidad líquida* (Madrid, FCE).
- Derrida, J. (1998) *Adiós a Emmanuel Levinas. Palabra de acogida* (Madrid, Trotta).
- Duch, Ll. (1997) *La educación y la crisis de la modernidad* (Barcelona, Paidós).
- Duch, Ll. (2015) *Antropología de la ciudad* (Barcelona, Herder).
- Levinas, E. (2015) *Ética e infinito* (Madrid, Machado Libros).
- Levinas, E. (1993) *Entre nosotros* (Valencia, Pretextos).
- Levinas, E. (2014) *Alteridad y trascendencia* (Madrid, Arena Libros).

- Lipovestky, G. (2016) *De la ligereza* (Barcelona, Anagrama).
- Mate, R. (2018) *El tiempo, tribunal de la historia* (Madrid, Trotta).
- Melich, J. C. (2010) *Ética de la compasión* (Barcelona, Herder).
- Mélich, J. C. (2019) *La sabiduría de lo incierto: Lectura y condición humana* (Barcelona, Tusquets).
- Mélich, J. C. (2021) *La fragilidad del mundo* (Barcelona, Tusquets).
- Ortega, P. y Romero, E. (2019) *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad* (Barcelona, Octaedro)
- Ortega, P. y Gárate, A. (2017) *Una escuela con rostro humano* (Mexicali, Cety-Universidad).
- Ortega, P. y Romero, E. (2021) El valor de la experiencia del alumno como contenido educativo, *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 33, 1, pp. 89-110.
- Ortega, P. y Romero, E. (2022) La educación moral a partir de Levinas: otro modelo educativo, *Revista Española de Pedagogía*, 282, pp. 233-249.
- Rosa, H. (2019) *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo* (Madrid, Katz).
- Touraine, A. (2017) *El fin de las sociedades* (México, FCE).
- Zamora, J. A. (2009) Th. Adorno: aportaciones para una crítica de la educación, *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 21 (1), pp. 119-148.